

Escuela de Ciencias Sociales y Humanidades, UNED, Costa Rica
<https://revistas.uned.ac.cr/index.php/espiga>
ISSN: 1409-4002 • e-ISSN: 2215-454X

Discursos de exclusión. Intelectuales, indígenas y Estado nación en Costa Rica: una perspectiva histórica

Carlos Sancho Domingo *
<https://orcid.org/0000-0002-2662-1070>

Resumen

Con el objetivo de entender mejor la actual situación de los pueblos indígenas en Costa Rica, el artículo revisa cómo los intelectuales costarricenses trataron su presencia en dos instantes clave del proceso de elaboración del discurso nacionalizador en ese país: en 1892, cuando las celebraciones del IV Centenario de la llegada de los españoles a América fueron usadas para reivindicar la raíz europea de Costa Rica, y en 1954, cuando al calor de los planes de reforma de la Universidad de Costa Rica se sintió la necesidad de impulsar un renovado relato de identidad nacional. La metodología se basa en el análisis de lo escrito por intelectuales de esas épocas. El principal hallazgo es que, tal y como venía ocurriendo en la secuencia histórica, tanto en 1892 como en 1954, los pueblos indígenas resultaron excluidos del hegemónico relato de nación erigido por las élites cultas del país. De ello se concluye que, para comprender el camino seguido por la sociedad costarricense en relación con la consideración y trato a las poblaciones originarias, el estudio de las narrativas puestas en circulación por sus intelectuales resulta crucial.

Palabras clave: elite cultural, población indígena, identidad nacional, exclusión étnica.

* Doctor en Historia contemporánea por la Universidad de Zaragoza, España. Máster Interuniversitario en Historia contemporánea (U. Autónoma de Madrid, U. Complutense, U. de Cantabria, U. de Santiago de Compostela, U. del País Vasco, U. Internacional Menéndez Pelayo, U. Autónoma de Barcelona, U. de Valencia y U. de Zaragoza). Grado en Historia por la Universidad de Zaragoza. Investigador de esa universidad, adscrito al grupo de investigación *Derechas y nación en época contemporánea. Una perspectiva transnacional* de la Universitat de València. Autor de varios libros y artículos científicos, su línea de trabajo se centra en los procesos de construcción nacional, la historia intelectual y las transferencias culturales entre España y América Latina. Correo: csanchod@unizar.es

Discourses of exclusion. Indigenous intellectuals and the Nation-State in Costa Rica: a historical perspective

Abstract

In order to better understand the current situation of Indigenous peoples in Costa Rica, this article reviews how Costa Rican intellectuals addressed their presence during two key moments in the process of crafting the nation-building discourse in that country: in 1892, when the celebrations of the Fourth Centennial of the arrival of the Spanish in America were used to emphasize Costa Rica's European roots, and in 1954, during the push to promote a renewed national identity narrative as part of the University of Costa Rica's reform plans. The methodology is based on analyzing the writings of intellectuals from those periods. The main finding is that, as had historically occurred, both in 1892 and 1954, Indigenous peoples were excluded from the dominant national narrative constructed by the country's cultural elites. From this, it is concluded that understanding the path followed by Costa Rican society in relation to the treatment of Indigenous populations requires studying the narratives circulated by its intellectuals.

Keywords: Cultural elite, Ethnic exclusion, Indigenous population, National identity.

Introducción

Desde antes incluso de las independencias, en toda América Latina la cuestión étnica ha estado ligada a variables de tipo socioeconómico y cultural; también, y una vez roto el vínculo colonial, a factores de carácter político en función de temas como la participación indígena en la esfera pública, su igualdad ante la ley o el disfrute de los distintos derechos de ciudadanía. Ahora bien, en el pensamiento de las elites criollas de las jóvenes repúblicas americanas, la situación de las poblaciones aborígenes tuvo su propio desarrollo, diferenciado según la realidad demográfica de cada una de ellas, del que presentó el de los afrodescendientes o el de los migrantes asiáticos. Una diferencia que se emborronó una vez que la presencia de todos y cada uno de esos grupos étnicos fue entendida en clave negativa; así y si los afrodescendientes fueron vistos como representación del *peligro negro* y los trabajadores asiáticos como imagen de la *invasión amarilla*, a los nativos se les resignificó a través del concepto de la *cuestión indígena*; fórmulas, todas ellas, que traslucían la manera en que los gobernantes del periodo liberal entendieron la alteridad étnica que esas poblaciones representaban en clave de grave problema social.

Ese fue el escenario en el que la presencia indígena colisionó con los distintos proyectos de desarrollo del Estado nación. Unos proyectos a los que los intelectuales contribuyeron mediante la gestación de repertorios identitarios destinados a poner de relieve la genealogía y el culto nacional¹. Un proceso histórico de largo recorrido que llegada la década de 1920 reabrió en toda Centroamérica y en parte del Caribe un acalorado debate intelectual. La construcción de la nación y la formación de la correspondiente identidad nacional alentó intervenciones como la del guatemalteco Carlos Wild Ospina, el salvadoreño Alberto Masferrer, el costarricense Joaquín García Monge o el colombiano Porfirio Barba Jacob; intelectuales que, en sus escritos y proclamas públicas, de una u otra forma anticiparon en más de medio siglo la transformación de las distintas memorias nacionales existentes en la zona, hasta entonces preferentemente homogéneas, en las pluriculturales del presente.

Desde una perspectiva histórica que abarca aproximadamente del ecuador del siglo XIX al del XX, el artículo toma el caso costarricense como ejemplo del posicionamiento de los intelectuales centroamericanos respecto a la *cuestión indígena*. Un país, Costa Rica, en el que pese a sus bien conocidas diferencias respecto al resto de las naciones del área en factores tan sustantivos como la reducida variedad étnica de su población, la estabilidad democrática de su sistema de gobierno y lo más atemperado de sus conflictos políticos y sociales, la posición de sus hombres de letras en materia étnica no se desvió significativamente de lo que resultó habitual en latitudes cercanas. En el largo siglo del que se ocupa este trabajo, los intelectuales costarricenses hicieron aflorar en sus escritos un discurso armado en clave discriminatoria con un *otro* indígena al que bien negaron la pertenencia al cuerpo social, bien segregaron por supuestas minusvalías, bien acogieron como un lejano ancestro en función de una serie de rasgos menores que de él había heredado la legítima población –blanca, por supuesto– costarricense.

¹ Paula Bruno, «Un momento latinoamericano. Voces intelectuales entre la I Conferencia Panamericana y la Gran Guerra», en *Ideas comprometidas. Los intelectuales y la política*, ed. por Maximiliano Fuentes y Ferran Archilés (Madrid: Akal, 2018), 58.

De acuerdo con los más recientes enfoques teóricos sobre la producción y difusión de conocimiento por parte de las elites letradas latinoamericanas, singularmente en lo referente a la crítica a los conceptos de nación y de cultura nacional elaborados por aquellas, así como con los debates post y decoloniales ligados con la identidad nacional, consecuencia de lo que se llamó situación postcolonial², el presente texto tiene por principal objetivo arrojar una nueva luz sobre los discursos de exclusión por razón étnica a los que se han visto sometidos los nativos costarricenses. Unas narrativas diseñadas desde el poder, fruto de las cuales resultó una mirada hondamente racializada que recreó el casi unánime sentir de la nación y que ayudan a entender la persistente situación de inequidad a la que se han hallado sometidos los pueblos indígenas en Costa Rica.

El análisis histórico de ese proceso de ingeniería cultural, con ramificaciones en lo político, lo económico y lo social, resulta tan necesario como útil para comprender cómo se ha llegado hasta aquí. Pero también para percibir en su plenitud la importancia del cambio de paradigma cultural –trasladado, entre otras cuestiones, a las múltiples reformas legislativas que en las últimas décadas han facilitado el camino hacia la equidad de esa parte de la población– al que la intelectualidad costarricense tanto ha contribuido³.

El indígena en Costa Rica durante la forja del Estado nación: de Felipe Molina Bedoya a Bernardo Calvo Mora (1849-1887)

La aparición, en la década de 1840 entre las elites costarricenses, de un poderoso impulso nacionalizador llevó aparejada la consideración de la homogeneidad racial como un atributo altamente valioso para la identidad nacional. En ese tiempo, Felipe Molina Bedoya, agente diplomático guatemalteco al servicio del gobierno costarricense, publicó *A Brief Sketch of the Republic of Costa Rica* (1849), actualizado y traducido, entre otros idiomas, al español. Con el título *Bosquejo de la República de Costa Rica, seguido de apuntamientos para su historia. Con varios mapas, vistas y retratos* (1851), el libro inició la tradición discursiva que ligaba de forma indisoluble el comienzo de la historia de Costa Rica con la llegada de Cristóbal Colón a América. Lo hizo al abrir la sección dedicada al pasado de esa nación con el episodio del desembarco del navegante en tierras centroamericanas durante su último viaje, en 1502, primero en puerto Cariari, en la costa de Nicaragua, y luego en la costarricense de Limón. El texto registraba que al llegar los españoles, el país

² Friedhelm Schmidt-Welle, «Los estudios culturales en y sobre América Latina», en *Historia general de América Latina, volumen IX. Teoría y metodología en la Historia de América Latina*, ed. por Estevão de Rezende Martins y Héctor Pérez Brignoli (París: UNESCO/Trotta, 1999).

³ Caso de Alejandra Boza, «Entre el indigenismo y las compañías bananeras internacionales. El origen de las reservas indígenas en Costa Rica, 1907-1956», *Les Cahiers ALHIM. Amérique Latine Histoire et Mémoire*, n.º 36 (2018), <http://journals.openedition.org/alhim/7135> y «El halago del voto popular». Participación electoral indígena en Talamanca, Costa Rica, 1919-1948», *Historia y Política*, n.º 46 (2021), <https://doi.org/10.18042/hp.46.10>; Alejandra Boza y Juan Carlos Solórzano, «El Estado nacional y los indígenas: el caso de Talamanca y Guatuso. Costa Rica, 1821-1910», *Revista de Historia*, n.º 42 (2000); María Eugenia Bozzoli, «La población indígena, la cultura nacional y la cuestión étnica en Costa Rica», *Cuadernos de Antropología* n.º 8 (1992); y Ronald Soto-Quirós, «Desaparecidos de la nación: los indígenas en la construcción de la identidad nacional costarricense 1851-1942», *Revista de Ciencias Sociales*, n.º 82 (1998) e «Imaginando una nación de raza blanca en Costa Rica: 1821-1914», *Les Cahiers ALHIM. Amérique Latine Histoire et Mémoire*, n.º 15 (2008), <http://alhim.revues.org/2930>

«estaba ocupado por diversas tribus de indios, ó [*sic.*] pequeñas naciones que habían alcanzado un cierto grado de civilización»⁴. Y añadía que de los 100 000 habitantes anotados en el censo de 1850, 10 000 eran «indios, inclusive las tribus salvajes»⁵.

Un porcentaje nativo del 10 % permitía hacer, de la costarricense, una sociedad predominantemente mestiza o, al menos, lo suficientemente blanqueada, como para que la creencia en su exclusivo ascendiente europeo resultase viable, lo cual explica que la mayor parte de los relatos de quienes durante las décadas centrales del siglo XIX llegaron al país en calidad de viajeros apostasen por ello. Lo hizo el comerciante escocés Robert Glasgow Dunlop en sus *Travels in Central America* (1847), los naturalistas alemanes Moritz Wagner y Karl Scherzer en *Die Republik Costa-Rica* (1856), el diplomático estadounidense Ephraim George Squier en *The States of Central America* (1857) o el periodista irlandés Thomas Francis Meagher en la serie de artículos publicados en *Harper's New Monthly Magazine* entre diciembre de 1859 y mayo de 1860 bajo el título «Holidays in Costa Rica», textos, todos ellos, en los que se hablaba de una comunidad esencialmente blanca de origen español⁶.

Sin embargo, y siendo esto así, no es menos cierto que quienes contemplaron a Costa Rica desde el exterior obraron con mayor cautela a la hora de dar por absoluta la compactación racial del país que la aristocracia cultural nativa. Lo atestiguan determinados pasajes de las crónicas y libros de viajes antes citados y relatos como el del político teutón Wilhelm Marr, quien en *Reise nach Central-Amerika* (1863) se refería a uno de los personajes por él retratado como alguien a quien «se habría podido tomar por un vástago del tronco castellano, a no haber sido porque el color de sus uñas y el matiz de su piel delataban la mezcla de sangre india y etíope»⁷.

Avanzado el siglo y una vez iniciado el periodo oligárquico-liberal en Costa Rica con la toma del poder en 1870 por el militar Tomás Guardia Gutiérrez, los intelectuales aceleraron su contribución al proceso de consolidación del Estado Nación, un proyecto para el que la razón étnica resultó fundamental. Fruto de ello fueron los *Apuntamientos geográficos, estadísticos é históricos* (1887) del político e historiador Joaquín Bernardo Calvo Mora. Teñido del pensamiento eurocéntrico entonces dominante, el libro reiteraba la fórmula empleada por Molina Bedoya al señalar que la aparición de los españoles en las costas centroamericanas era lo que había hecho ingresar a esa región del mundo en la historia. Luego, al hablar de los caracteres de la población costarricense, decía que, si en el país no sucedía lo que en otros de igual origen de América era porque, si bien en él «existe la raza primitiva, su número es exiguo y está completamente separada de la población civilizada. Esta es blanca, homogénea, sana y robusta»⁸. De esta forma, en la década en la que se produjo el primer esfuerzo en verdad nacional y oficial por mostrar a los costarricenses como elementos sustancialmente blancos plenos de virtudes cívicas, Bernardo Calvo Mora definió a estos, en sus *Apuntamientos*, por una serie de caracteres –laboriosidad, prosperidad y afán de cultura, además de por sentirse y

⁴ Felipe Molina Bedoya, *Bosquejo de la República de Costa Rica, seguido de apuntamientos para su historia. Con varios mapas, vistas y retratos* (New York: Imprenta de S. W. Benedict, 1851), 12.

⁵ *Ibid.*, 28.

⁶ Soto-Quirós, «Imaginando...».

⁷ Wilhelm Marr, *Viaje a Centroamérica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2004), 331.

⁸ Joaquín Bernardo Calvo Mora, *Apuntamientos geográficos, estadísticos e históricos* (San José: Imprenta Nacional, 1887), 34.

actuar como parte integrante de la nación— de los que los aborígenes por completo carecían. Creó así lo que Ronald Soto-Quirós bautizó como el *etnotipo costarricense*⁹, el cual reforzó el programa ideológico liberal que hacía de Costa Rica un país blanco, civilizado y progresista.

La celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América (1892): momento de fosilización del mito étnico identitario en Costa Rica

Alcanzada la década finisecular, el pensamiento recreado por Joaquín Bernardo Calvo Mora halló su más adecuado abono en los actos de celebración del *IV Centenario del Descubrimiento de América* y, muy singularmente, en la magna Exposición Histórico-Americana que con ese motivo tuvo lugar en Madrid y La Rábida (Huelva). De este modo, este acontecimiento permitió a los círculos oficiales costarricenses mostrar un interés por lo aborigen en términos arqueológicos y museográficos, lo que implicó asociar a las poblaciones indígenas con el pasado y enclaustrarlas en él. Conforme a la configuración del espacio expositivo impuesto por los organizadores, buena parte del énfasis de la participación costarricense se centró en los objetos arqueológicos tomados del recién creado Museo Nacional (1887) y de distintas colecciones particulares. A ello se refería el diplomático costarricense Manuel María de Peralta, cuando en la introducción de *Etnología centro-americana. Catálogo razonado de los objetos arqueológicos de la República de Costa Rica en la Exposición Histórico-Americana de Madrid-1892* (1893), afirmaba, tal y como cita Ronald Soto-Quirós, que de lo que se trataba era de exponer las colecciones de *antigüedades indígenas* para mostrar al mundo los últimos restos de esas poblaciones, «cuya decadencia se acerca a la extinción total, á [*sic.*] pesar de cuanto esfuerzos ha hecho el Estado por mejorar su suerte»¹⁰.

En paralelo a esos fastos conmemorativos, apareció en Barcelona una cuarta edición de la *Geografía de Costa Rica*, del historiador Francisco Montero Barrantes (la primera había visto la luz en San José en 1886). En ella, el autor consideraba que con «poquísima, casi insignificante diferencia, todos los habitantes de Costa Rica pertenecen á [*sic.*] la raza blanca. Es éste [*sic.*] el país de Centro América donde hay menos mezcla de razas, por lo cual la población es homogénea, y forma un todo compacto y unido por iguales vínculos de todas clases»¹¹. Y eso porque, en lo que se refería a los pueblos originarios, algunas tribus «se mezclaron con los españoles ó [*sic.*] desaparecieron por otras causas, y hoy quedan allí muy pocos de pura raza, pues casi toda la población es blanca»¹². Fueran cuales fuesen esas *otras causas* de las que hablaba Montero, este repetía el relato de su compatriota Peralta y exoneraba al Estado costarricense de toda culpa en la aniquilación indígena. Apuntaba en esa dirección al señalar que, si los grupos originarios que habitaban las llanuras de Guatuso habían degenerado y su número disminuía constantemente, la causa principal era la guerra de exterminio que buscadores de hule y cacao procedentes de Nicaragua habían hecho para apoderarse de esos productos presentes en sus tierras,

⁹ Ronald Soto-Quirós, «La difusión del etnotipo costarricense: los *Apuntamientos* de J. B. Calvo, del texto educativo a la propaganda internacional», *Boletín de la Asociación para el Fomento de los Estudios Históricos en Centroamérica* n.º 54 (2012), http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi_aff&id=3168

¹⁰ Soto-Quirós, «Imaginando...».

¹¹ Francisco Montero Barrantes, *Geografía de Costa Rica* (Barcelona: Tipografía Litografía de José Cunill Sala, 1892), 149.

¹² *Ibidem*, 180.

además de coger, con inaudita crueldad, a un número considerable de ellos para su venta en aquel país. No obstante su agónica condición, la prueba de la no culpabilidad del Estado era que a los «costarricenses nos manifiestan los indios tanto cariño, como odio á [sic.] los nicaragüenses. Nos llaman *sacas*, que quiere decir hermanos en su dialecto, y procuran siempre prestar servicios y obsequiar á [sic.] las personas del interior»¹³.

Montero prosiguió su labor propagandística en la que bien puede considerarse la obra más importante de la primera historiografía nacional costarricense, los *Elementos de historia de Costa Rica* (1892-1894). Concebida como una pieza más en la vitrina que representaba al país en el IV Centenario, la fijación por Colón y la desmesurada atención a las peripecias de los conquistadores y pobladores españoles contrastaban en ella con la escasa curiosidad por saber y hablar de los habitantes nativos. El autor les dedicó el capítulo III del primer volumen del libro, y pese a reconocer la dificultad de describirlos, dada la ausencia de estudios «en cuanto a su origen, raza, grado de cultura, evoluciones y revoluciones, etc.»¹⁴, no dudaba en sentenciar que cuando el «país fué [sic.] descubierto encontrábase dividido en varias naciones de indios, cada una de las cuales comprendía distintas tribus gobernadas por caciques que mutuamente se hacían la guerra para robarse»¹⁵. Según dibujaba Montero, los indígenas vivían en un hobbesiano estado de naturaleza, necesitado de la llegada de una fuerza superior que los civilizase.

La mirada hondamente racializada presente en Montero Barrantes invadió otros textos finiseculares, asimismo destinados a promover la nacionalización en escuelas e institutos de las nuevas generaciones costarricenses. A modo de ejemplo, y según estudió Soto-Quirós, pueden citarse las *Nociones de geografía* (1892) del pedagogo Miguel Obregón Lizano, manual en el que se afirmaba que «entre los campesinos un hombre por cada cinco, entre la gente de las ciudades uno por cada veinte, á [sic.] lo más, presentan algunos rasgos, raramente visibles, de mezcla de sangre india con sangre española»¹⁶. Unas ideas repetidas por el licenciado cubano Leopoldo Zarragoitia Barón, quien en el *Compendio de la historia de Costa Rica para uso de las escuelas de primera enseñanza* (1894) hablaba de una nación de población étnicamente «homogénea, pues casi exclusivamente pertenece á [sic.] la raza blanca, ó [sic.] procede de ella»¹⁷. Se consolidaba así, una vez más, el encanto europeo que anegaba a la intelectualidad finisecular costarricense. Un embrujo que llevó al historiador, y por entonces diputado Francisco María Iglesias Llorente, a proponer y lograr en 1892 la promulgación y celebración del día 12 de octubre como fiesta nacional¹⁸. Con ello, y tras disolver a los indígenas en la mayoritaria población de cuna europea, un ayer racializado presidía la memoria histórica del fin de siglo en Costa Rica.

¹³ *Ibidem*, 200.

¹⁴ Francisco Montero Barrantes, *Elementos de historia de Costa Rica* (San José: Tipografía Nacional, 1892), 17.

¹⁵ *Ibid.*, 18.

¹⁶ Soto-Quirós, «Imaginando...».

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ Juan Rafael Quesada, *Historia de la historiografía costarricense (1821-1940)* (San José: Universidad de Costa Rica, 2002), 224.

La pervivencia durante la década de 1940 del indígena como un otro ajeno a la nación

En las primeras cuatro décadas del siglo XX, la intelectualidad costarricense mantuvo una visión del indígena que alternó la casi absoluta negación de su presencia con su consideración como un mínimo contrapunto a la mayoritaria población blanca. Continuando la tradición discursiva decimonónica, esa mirada estuvo presente en numerosas cabeceras de prensa, en revistas de diverso signo y en textos educativos que en forma de cartillas y manuales de geografía y de historia alardeaban del camino de aquella hacia la blanquitud¹⁹. Un buen ejemplo de esa forma de ocultación la da una revista tan importante como *Repertorio Americano*. Editada y dirigida de 1919 a 1958 por Joaquín García Monge, no fue hasta 1930 que publicó un artículo etnográfico en el que los indígenas costarricenses hicieron acto de presencia²⁰.

Algo similar sucedió en lo literario, como lo prueba la *Mamita Yunai* (1941) de Carlos Luis Fallas Sibaja, obra militante contra las condiciones laborales instauradas por la United Fruit Company en sus plantaciones de banano de la región de Limón. Esta novela transpira el prejuicio de la falta de conciencia política y sindical de quien no era un obrero blanco habitante del espacio urbano, categoría de la que el campesinado indígena, por definición, quedaba excluido; por ello, este no existe como sujeto autónomo en el relato de Fallas, quedando relegado a elemento silencioso, a un ser pasivo fácilmente manipulable en la contienda electoral en manos de políticos fraudulentos y autoridades corruptas o a la condición de un otro enigmático y amenazante que hablaba «rápidamente, cortando las palabras con acento desconfiado y hostil», mientras «estúpidamente [...] lanzaba miradas de reojo»²¹. En este aspecto y pese a la compasión que demuestra el autor por los nativos, Fallas, de acuerdo con el juicio de Alejandra Boza, estaba equivocado²².

Una leve variación a esa imperante visión racializada del indígena presente en la intelectualidad costarricense de la época puede observarse en la revista editada por el Centro para el Estudio de Problemas Nacionales, *Surco* (1940-1945), publicación a cargo de un grupo de profesores y estudiantes de la recién fundada Universidad de Costa Rica (UCR) (1940). La revista dejó entrever un genérico alegato en favor de la confraternidad entre las distintas etnias que conformaban la nación. Esa ampliación de campo alimentó una sensibilidad proclive a la aceptación del pasado multirracial de Costa Rica, una renovada etnicidad en la que el elemento indígena resultó ser pilar central. Surgió así una mirada benévola y en algún caso reivindicativa, del ayer nativo costarricense. Un ejemplo lo ofrece el artículo publicado en 1942 por el historiador Carlos Monge Alfaro, quien en «Guanacaste busca su ruta, crea su conciencia», afirmó que, para los costarricenses, la región de Guanacaste significaba la comunión con el ancestro, el vínculo hacia «la comprensión de lo auténtico que se halla hundido en el pasado aborigen»²³. Es preciso, sin embargo, no abandonarse a la primera sensación que esta lectura pudiera

¹⁹ Soto-Quirós, «Desaparecidos...», 47.

²⁰ Jussi Pakkasvirta, «Particularidad nacional en una revista continental. Costa Rica y “Repertorio Americano”, 1919-1930», *Revista de Historia*, n.º 28 (1993): 96.

²¹ Carlos Luis Fallas Sibaja, *Mamita Yunai* (Madrid: Cátedra, 2023), 159.

²² Boza, ««El halago...», 274.

²³ Carlos Monge Alfaro, «Guanacaste busca su ruta, crea su conciencia», *Surco*, n.º 21 (1942): 5.

provocar, pues quienes con esa deferencia trataron en *Surco* al indígena costarricense, estaban interesados, antes que en el pasado aborigen de la nación, en ligar a través suyo a Costa Rica con el resto de las repúblicas americanas, en recrear la existencia de un primitivo magma indígena en torno al que reunir al conjunto de pueblos y naciones del continente al amparo de la noción de Indoamérica que esos intelectuales defendían²⁴.

Los intelectuales *nacionalistas-reformistas* de las décadas 1950-1960 y su redefinición del binomio uniformidad étnica-democracia

Esta era, a grandes rasgos, la percepción del indígena que predominaba en la Costa Rica de la turbulenta década de 1940, periodo que culminó con la breve guerra civil de marzo a abril de 1948 y el inmediato gobierno de facto de la Junta Fundadora de la Segunda República (mayo de 1948-noviembre de 1949). En ese escenario, y tras la presidencia del conservador Otilio Ulate Blanco, la victoria electoral del Partido Liberación Nacional (PLN), de José Figueres Ferrer, propició la instauración del que se definió como Estado benefactor, modelo socioeconómico de corte interventor y orientación socialdemócrata que marcó la historia de Costa Rica durante las tres siguientes décadas. Entre los distintos programas puestos en marcha a partir de noviembre de 1953 por el gobierno liberacionista, figuró la reforma del organigrama, planes académicos y plantilla de profesorado de la UCR. Una reforma que según expuso el entonces rector Rodrigo Facio Brenes en el discurso que pronunció a finales de 1954 con motivo del acto de clausura del año académico, debía interpretarse como una verdadera refundación transformadora²⁵. En ese contexto, la nueva cúpula universitaria se impuso la obligación de redefinir la identidad nacional costarricense, pues, según el decano de la Facultad de Filosofía y Letras, el ya citado Monge Alfaro, competía «a la Universidad auscultar, digámoslo así, el alma nacional»²⁶. Unas palabras que servían de presentación al número monográfico que a tal efecto elaboró la *Revista de la Universidad de Costa Rica*, expresivamente subtítulo *En busca de nuestro Ser costarricense*, al que prestaron su firma algunos de los más destacados intelectuales del país.

Uno de ellos fue Eugenio Rodríguez Vega, quien colaboró con el artículo «Debe y Haber del hombre costarricense». En él, y sobre la cuestión indígena, partía de una idea simple pero irrefutable: avalado por el censo de población de 1950, que señalaba que el 97,7 % de esta era blanca o mestiza, el joven profesor de sociología de la UCR afirmaba la homogeneidad étnica del país; pero era más significativa por la mentalidad que transmitía, su suposición de que «una sociedad de población homogénea cuenta con una base mejor, para resolver sus problemas, que otra sociedad de población heterogénea, sujeta a continuos conflictos, choques e

²⁴ Carlos Sancho, «En defensa de la “gente de color”: el discurso étnico en la revista *Surco* (1940-1945)», en *Historia de las desigualdades étnico-raciales en México, Centroamérica y el Caribe (siglos XVIII-XXI)*, ed. por Catherine Lacaze, Ronald Soto-Quirós y Ronny José Viales-Hurtado (San José: Universidad de Costa Rica/Centro de Investigaciones Históricas de América Central, 2019), 144.

²⁵ Rodrigo Facio Brenes, «Acto de clausura del año académico de 1954 (celebrado el 22 de diciembre)», *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica*, n.º 156 (2017): 26.

²⁶ Carlos Monge Alfaro, «La Universidad y la misión de los hombres de letras», *Revista de la Universidad de Costa Rica*, n.º 10 (1954): 7.

incomprensiones»²⁷; suposición basada en la creencia de que la uniformidad étnica –y es de suponer que ligada a esta, también la cultural– favorecía la estabilidad y la armonía social, mientras que la alteridad en ese ámbito implicaba división, desarreglo y disturbio.

En esa línea se situó unas páginas más adelante el filósofo Abelardo Bonilla Baldares en «El costarricense y su actitud política (Ensayo de interpretación del alma nacional)», texto en el que beatíficamente aseveraba que la población aborígen se había visto durante la colonia «considerablemente reducida por causas que no han sido determinadas», motivo de una preponderancia de la raza blanca que había evitado que «se hayan presentado nunca entre nosotros los problemas sociales, económicos y culturales que la población indígena, o las mezclas, han creado en otros países indohispánicos»²⁸. De esta forma, en el parecer de Bonilla no solo la conquista española se diluía como causa del exterminio nativo, sino que si Costa Rica gozaba de un venturoso sistema de democracia liberal era porque la blancura de su población así lo permitía.

Otro tanto hizo León Pacheco Solano cuando, en «El costarricense en la literatura nacional», presentó al Valle Central como la única región genuinamente costarricense, pues, según él, los litorales atlántico y pacífico habían sido, desde todos los puntos de vista, incluida la absorción de sus gentes, pedazos de territorio posteriormente añadidos a la nación. Para el literato, el «genio nacional» se manifestaba en la superficie del país, en su geografía, en su tierra, pero nunca en un indígena que veía inexistente. El costarricense era «descendiente directísimo de los escasos españoles que se acomodaron en los paisajes de la Meseta Central»²⁹, rasero genealógico por el que debía medírsele y por el que valorar su arquetipo social y humano.

El proyecto ideológico sostenido desde las páginas de la *Revista de la Universidad de Costa Rica* extraía, de la falta de mezcla étnica, una premisa cívica virtuosa, cuando no una condición imperativa de profilaxis nacional. Una lectura que se vio acompañada por contribuciones como la protagonizada por el filósofo Luis Barahona Jiménez, quien en 1953 se había adelantado a declarar en *El gran incógnito. Visión interna del campesino costarricense*, que la sangre aborígen apenas había influido en el desarrollo de la nación, por lo que era infructuoso hacerla siquiera presente en su trabajo³⁰. O por el abogado y diplomático Hernán G. Peralta Quirós, quien en «La nacionalidad costarricense» (1957), y siguiendo a León Pacheco, vio en la tierra el único elemento realmente aborígen de la historia de Costa Rica³¹. O por el también abogado Carlos José Gutiérrez Gutiérrez quien, en «Las bases de la realidad social costarricense» (1961), se había congratulado de la

²⁷ Eugenio Rodríguez Vega, «Debe y Haber del hombre costarricense», *Revista de la Universidad de Costa Rica*, n.º 10 (1954): 31.

²⁸ Abelardo Bonilla Baldares, «El costarricense y su actitud política (Ensayo de interpretación del alma nacional)», *Revista de la Universidad de Costa Rica*, n.º 10 (1954): 34.

²⁹ León Pacheco Solano, «El costarricense en la literatura nacional», *Revista de la Universidad de Costa Rica*, n.º 10 (1954): 139.

³⁰ Luis Barahona Jiménez, *El gran incógnito. Visión interna del campesino costarricense* (San José: Editorial Universitaria, 1953).

³¹ Hernán G. Peralta Quirós, «La nacionalidad costarricense», en *Historia y antología de la literatura costarricense, tomo II, Antología*, ed. por Abelardo Bonilla (San José: Imprenta Trejos Hermanos, 1957).

inexistencia en el país, a efectos de una cierta nivelación social, de nada que pudiera recordar la estratificación étnica presente en otras partes del continente, pues la abrumadora mayoría blanca hacía «absurda cualquier división social basada en un concepto de raza»³². Y todo ello cuando el Estado decretaba la creación, en el Pacífico Sur, en 1956, de las primeras tres *reservas indígenas*, haciendo efectivo, mediante una medida considerada inesperada en un país que desde los albores de su vida independiente había abrazado la noción de que su población era blanca, el reconocimiento de derechos territoriales para estos grupos³³.

Sea como fuere, en ese núcleo de intelectuales, calificados bien de *nacionalistas metafísicos*, en tanto manejaban en sus trabajos nociones tan imprecisas como las de *alma nacional* o *ser costarricense*³⁴, bien de *nacionalistas-reformistas*, en tanto pretendían una particular regeneración nacional a partir de la búsqueda y rescate de las que juzgaban esencias espirituales válidas para el futuro de Costa Rica³⁵, cabe situar todavía al profesor José Abdulio Cordero Solano y su ensayo *El ser de la nacionalidad costarricense*, publicado en 1964. En él, su autor incluía al indígena – junto al español y a la naturaleza americana– en la positiva tríada componente de la nacionalidad, aunque reducía su contribución a servir de factor explicativo del secular pacifismo costarricense, pues era «legado sociológico probable del indio, la consuetudinaria apatía del costarricense a los negocios de la guerra, muy especialmente a la ostentación militar»³⁶.

Miradas como esta, pareja a las antes reunidas, descubren el exiguo espacio que, mediado el siglo XX, algunos de los más destacados intelectuales del país concedían al indígena en sus reflexiones sobre la identidad nacional de Costa Rica. En su pensamiento, y en bien de la compactación política, socioeconómica y cultural de la nación, los pueblos originarios o no existían o representaban un ínfimo sustrato racial de suyo falto de valor o, en las visiones más agradecidas, tan solo habían contribuido a afianzar ciertos caracteres idiosincráticos del auténtico costarricense.

Un pensamiento que no comenzó a resquebrajarse hasta la década de 1980, cuando el paso del modelo sociopolítico de Estado interventor a otro neoliberal anunció una década de apresuradas mutaciones en órdenes múltiples –económicas, culturales y tecnológicas– y abrió el país a una distinta orientación histórica. Coincidiendo con ese proceso, una nueva generación intelectual arremetió contra el simple y falso relato romántico de nación étnicamente homogénea y dio cabida a una más compleja y veraz narrativa de nación inclusiva.

Conclusiones

Según la autoidentificación por etnia y habla de lengua indígena recogida en el censo de población de Costa Rica de 2011, los ocho pueblos aborígenes existentes en el

³² Carlos José Gutiérrez Gutiérrez, «Las bases de la realidad social costarricense», *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* III, n.º 9 (1961): 49.

³³ Boza, «Entre el indigenismo...».

³⁴ Alexander Jiménez, *El imposible país de los filósofos. El discurso filosófico y la invención de Costa Rica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2013), 33.

³⁵ Carlos Sancho, *Discursos de nación, cultura y transnacionalidad. Intelectuales e identidad nacional en Costa Rica (1940-1980)* (Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2023), 47-48.

³⁶ José Abdulio Cordero Solano, *El ser de la nacionalidad costarricense* (Madrid: Tridente, 1964), 39.

país –Bribri, Brunca o Boruca, Cabécar, Chorotega, Huetar, Maleku o Guatuso, Ngöbe o Guaymí y Teribe o Térraba– sumaban 35 493 personas³⁷, cifra que escasamente representaba el 0,83 % de la población total del país.

Pese a estar sometidos a la violación secular de sus derechos fundamentales a la que los discursos de las elites intelectuales, como se ha visto, en gran medida contribuyeron, y con dificultades y retrasos respecto a otros colectivos en similar situación de discriminación, en los últimos años los integrantes de esos grupos han dejado de ser sujetos políticos pasivos y han desarrollado, en favor de corrientes generadas a nivel transnacional, una agenda propia; así se recogió en la *Consulta Nacional Post 2015* de Naciones Unidas, donde se manifestaba que habían reclamado sus derechos de acceso universal a unos servicios de salud de calidad, al desarrollo productivo y generación de empleo, a la seguridad y a la justicia, a la educación, a la sostenibilidad medioambiental y, en fin, a la igualdad con el resto de sus compatriotas en el acceso a las oportunidades que el país les pudiera brindar³⁸. Algunos de sus requerimientos resultaron recompensados cuando en 2015 la Constitución Política de Costa Rica agregó en su articulado el reconocimiento del carácter multiétnico y pluricultural de la nación.

Pero ese importante avance normativo necesita de su adecuado desarrollo práctico, un despliegue efectivo aún no debidamente concretado. Así, en el informe elaborado por el relator especial de Naciones Unidas sobre los derechos de los pueblos indígenas de diciembre de 2021, se reseñaba el mantenimiento de ciertas causas estructurales en su situación de inequidad sustanciadas en la falta de una adecuada política de restitución de tierras, en la carencia de un marco legal que asegurase el reconocimiento de su identidad cultural y en la general renuencia a considerar la legitimidad de sus autoridades propias. Asimismo, preocupaba al relator el racismo que decía permeaba las instituciones estatales, en particular a nivel local, y la no implementación de los derechos económicos, sociales y culturales de los indígenas³⁹.

Nada de eso se comprende bien si no se rastrea el camino seguido hasta aquí por la sociedad costarricense en relación con la consideración y trato a sus poblaciones originarias; proceso histórico de larga duración en el que los intelectuales, en tanto que supremos artífices de ideas y constructores de unos poderosos imaginarios simbólicos de los que hacen partícipe al resto de población, han sido determinantes.

De acuerdo con el principal objetivo de esta investigación (entender mejor la situación de los pueblos indígenas en Costa Rica a partir de cómo los intelectuales patrios trataron su presencia en dos instantes clave –1892 y 1954– del proceso de elaboración del discurso nacionalizador en ese país), puede afirmarse que en una sociedad en la que hasta hace pocas décadas el ambiente y la producción cultural

³⁷ Instituto Nacional de Estadística y Censos, *X Censo nacional de población y VI de vivienda 2011* (San José: INEC, 2011), <https://inec.cr/estadisticas-fuentes/censos/censo-2011?topics=174%252C486&page=3>

³⁸ Agenda de Desarrollo Post 2015 de Naciones Unidas, *Consulta Nacional Post 2015. Construyendo una agenda de desarrollo para Costa Rica. El mundo que queremos* (San José: MIDEPLAN, 2015), <https://documentos.mideplan.go.cr/share/s/A3KK2JmZTbKdxHLydf5log>

³⁹ Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas, *Visita a Costa Rica. Informe del Relator Especial sobre los derechos de los pueblos indígenas, José Francisco Calí Tzay. 2021* (Ginebra: ONU, 2022)15, <https://www.ohchr.org/es/documents/country-reports/ahrc5128add1-visit-costa-rica-report-special-rapporteur-rights-indigenous>

eran relativamente reducidos, y sin corrientes de pensamiento propias, las proclamas ofrecidas por sus intelectuales tuvieron amplia repercusión. Creadores de una retórica nacionalizadora al servicio primero del Estado oligárquico de matriz liberal y luego del proyecto de Estado interventor liderado por el PLN, en el siglo XIX hombres de leyes como Molina Bedoya e historiadores como Calvo Mora o Montero Barrantes, y en el XX literatos como Pacheco Solano y filósofos como Barahona Jiménez o Bonilla Baldares, asumieron que los pueblos indígenas apenas representaban algo así como una confusa nebulosa arrinconada en los primigenios umbrales del Estado nación costarricense.

A modo de solución y salida a ese erróneo discurso intelectual, solo un pensar renovado y la presión de quienes en estas últimas décadas han luchado por rebatirlo, han permitido un horizonte más esperanzador para los derechos de los aborígenes. Un escenario en favor del cual, ahora sí, los intelectuales costarricenses se hallan en gran medida comprometidos, circunstancia que próximas investigaciones deberán confirmar.

Formato de citación según APA

Sancho Domingo, C. (2024). Discurso de exclusión. Intelectuales, indígenas y Estado nación en Costa Rica: una perspectiva histórica. *Revista Espiga*, 23(48), 23-38.

Formato de citación según Chicago-Deusto

Sancho Domingo, Carlos. «Discurso de exclusión. Intelectuales, indígenas y Estado nación en Costa Rica: una perspectiva histórica». *Revista Espiga* 23, n.º 48 (noviembre 2024): 23-38.

Referencias

- Agenda de Desarrollo Post 2015 de Naciones Unidas. *Consulta Nacional Post 2015. Construyendo una agenda de desarrollo para Costa Rica. El mundo que queremos*. San José: MIDEPLAN, 2015.
<https://documentos.mideplan.go.cr/share/s/A3KK2JmZTbKdxHLydf5Iog>
- Barahona Jiménez, Luis. *El gran incógnito. Visión interna del campesino costarricense*. San José: Editorial Universitaria, 1953.
- Bonilla Baldares, Abelardo. «El costarricense y su actitud política (Ensayo de interpretación del alma nacional)». *Revista de la Universidad de Costa Rica*, n.º 10 (1954): 33-50.
- Boza, Alejandra. ««El halago del voto popular». Participación electoral indígena en Talamanca, Costa Rica, 1919-1948». *Historia y Política*, n.º 46 (2021): 263-292. <https://doi.org/10.18042/hp.46.10>
- Boza, Alejandra. «Entre el indigenismo y las compañías bananeras internacionales. El origen de las reservas indígenas en Costa Rica, 1907-1956». *Les Cahiers ALHIM. Amérique Latine Histoire et Mémoire*, n.º 36 (2018).
<http://journals.openedition.org/alhim/7135>
- Boza, Alejandra y Juan Carlos Solórzano. «El Estado nacional y los indígenas: el caso de Talamanca y Guatuso. Costa Rica, 1821-1910». *Revista de Historia*, n.º 42 (2000): 45-79.
- Bozzoli, María Eugenia. «La población indígena, la cultura nacional y la cuestión étnica en Costa Rica». *Cuadernos de Antropología* n.º 8 (1992): 23-40.
- Bruno, Paula. «Un momento latinoamericano. Voces intelectuales entre la I Conferencia Panamericana y la Gran Guerra». En *Ideas comprometidas. Los intelectuales y la política*, editado por Maximiliano Fuentes y Ferran Archilés, 57-77. Madrid: Akal, 2018.
- Calvo Mora, Joaquín Bernardo. *Apuntamientos geográficos, estadísticos e históricos*. San José: Imprenta Nacional, 1887.
- Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas. *Visita a Costa Rica. Informe del Relator Especial sobre los derechos de los pueblos indígenas, José Francisco Calí Tzay. 2021*. Ginebra: ONU, 2022.
<https://www.ohchr.org/es/documents/country-reports/ahrc5128add1-visit-costa-rica-report-special-rapporteur-rights-indigenous>
- Cordero Solano, José Abdulio. *El ser de la nacionalidad costarricense*. Madrid: Tridente, 1964.
- Facio Brenes, Rodrigo. «Acto de clausura del año académico de 1954 (celebrado el 22 de diciembre)». *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica*, n.º 156 (2017): 21-27.

- Fallas Sibaja, Carlos Luis. *Mamita Yunai*. Madrid: Cátedra, 2023.
- Gutiérrez Gutiérrez, Carlos José. «Las bases de la realidad social costarricense». *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* III, n.º 9 (1961): 43-62.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos. *X Censo nacional de población y VI de vivienda 2011*. San José: INEC, 2011. <https://inec.cr/estadisticas-fuentes/censos/censo-2011?topics=174%252C486&page=3>
- Jiménez, Alexander. *El imposible país de los filósofos. El discurso filosófico y la invención de Costa Rica*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2013.
- Marr, Wilhelm. *Viaje a Centroamérica*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2004.
- Molina Bedoya, Felipe. *Bosquejo de la República de Costa Rica, seguido de apuntamientos para su historia. Con varios mapas, vistas y retratos*. New York: Imprenta de S. W. Benedict, 1851.
- Monge Alfaro, Carlos. «La Universidad y la misión de los hombres de letras». *Revista de la Universidad de Costa Rica*, n.º 10 (1954): 7-8.
- Monge Alfaro, Carlos. «Guanacaste busca su ruta, crea su conciencia». *Surco*, n.º 21 (1942): 4-8.
- Montero Barrantes, Francisco. *Elementos de historia de Costa Rica*. San José: Tipografía Nacional, 1892.
- Montero Barrantes, Francisco. *Geografía de Costa Rica*. Barcelona: Tipografía Litografía de José Cunill Sala, 1892.
- Pacheco Solano, León. «El costarricense en la literatura nacional». *Revista de la Universidad de Costa Rica*, n.º 10 (1954): 75-141.
- Pakkasvirta, Jussi. «Particularidad nacional en una revista continental. Costa Rica y 'Repertorio Americano', 1919-1930». *Revista de Historia*, n.º 28 (1993): 90-115.
- Peralta Quirós, Hernán G. «La nacionalidad costarricense». En *Historia y antología de la literatura costarricense, tomo II, Antología*, editado por Abelardo Bonilla, 547-554. San José: Imprenta Trejos Hermanos, 1957.
- Quesada, Juan Rafael. *Historia de la historiografía costarricense (1821-1940)*. San José: Universidad de Costa Rica, 2002.
- Rodríguez Vega, Eugenio. «Debe y Haber del hombre costarricense». *Revista de la Universidad de Costa Rica*, n.º 10 (1954): 9-32.

- Sancho, Carlos. *Discursos de nación, cultura y transnacionalidad. Intelectuales e identidad nacional en Costa Rica (1940-1980)*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2023.
- Sancho, Carlos. «En defensa de la “gente de color”: el discurso étnico en la revista *Surco* (1940-1945)». En *Historia de las desigualdades étnico-raciales en México, Centroamérica y el Caribe (siglos XVIII-XXI)*, editado por Catherine Lacaze, Ronald Soto-Quirós y Ronny José Viales-Hurtado, 129-148. San José: Universidad de Costa Rica/Centro de Investigaciones Históricas de América Central, 2019.
- Schmidt-Welle, Friedhelm. «Los estudios culturales en y sobre América Latina». En *Historia general de América Latina, volumen IX. Teoría y metodología en la Historia de América Latina*, editado por Estevão de Rezende Martins y Héctor Pérez Brignoli, 195-223. París: UNESCO/Trotta, 1999.
- Soto-Quirós, Ronald. «La difusión del etnotipo costarricense: los *Apuntamientos* de J. B. Calvo, del texto educativo a la propaganda internacional». *Boletín de la Asociación para el Fomento de los Estudios Históricos en Centroamérica* n.º 54 (2012).
http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi_aff&id=3168
- Soto-Quirós, Ronald. «Imaginando una nación de raza blanca en Costa Rica: 1821-1914». *Les Cahiers ALHIM. Amérique Latine Histoire et Mémoire*, n.º 15 (2008). <http://alhim.revues.org/2930>
- Soto-Quirós, Ronald. «Desaparecidos de la nación: los indígenas en la construcción de la identidad nacional costarricense 1851-1942». *Revista de Ciencias Sociales*, n.º 82 (1998): 31-53.